



LA FALTA
QUE NO FUE

IRUYA

LA FALTA QUE NO FUE

Describir a mi pueblito natal como “pintoresco” sería desmerecerlo; algo así como afirmar que el Glaciar Perito Moreno es un cubo de hielo de “gran tamaño”, o que las Cataratas del Iguazú son meros saltos con “abundante agua”. Sería una falta de respeto, o al menos una desatención imperdonable. El pueblo es épico: emplazado a tres mil metros de altura, entre el imponente firmamento celestial y un aterrador precipicio de fondo interminable, luce como el sitio ideal para la batalla final entre el cielo y el infierno. Arriba, una enorme cruz blanca bendice la salida del sol. Abajo, las casas construidas a cuarentaicinco grados rezan no ser derrumbadas por aludes y tormentas. En cada esquina una impactante vista de las montañas rojas, azules y verdes, donde antaño habitaron espíritus arcaicos, chamanes o hechiceras y donde una vez, hace más de veinte años, ocurrió un partido de fútbol inédito, como sacado de un libro de García Márquez, que aunque tuvo unos primeros ochentaicinco minutos paupérrimos, culminó de la manera más inesperada y asombrosa, que a continuación les narro.



Todos allí la vieron: los fanáticos de la primera fila que arengaban sin parar, los niños inquietos trepados al alambrado, las mujeres con camisetas nuevas y largas cornetas, Doña Catalina que preparaba los buñuelos junto a su marido que asaba choripanes, los viejos de la comisión de fomento que se llevaron una vieja radio Spica para entender quién la tenía, el relator y sus comentaristas, el banco de suplentes y las ovejas que pastaban cerca del córner. Hasta Merino, el tonto del pueblo, que distraído hurgaba en su nariz mientras arrojaba garrapiñadas a las palomas se dio cuenta que algo pasaba porque se había formado un bullicio ensordecedor entre los presentes que de uno y otro lado de las tribunas gritaban sin parar, alentando desesperados en los últimos minutos del juego de lo que fue, sin dudas, el partido más trascendente de la historia del Deportivo Iruya. La final del campeonato, con su archi-rival Sportivo del Valle prometía ser el partido más trascendente del milenio. Por eso, el municipio entero estaba ahí esa tarde del vigesimoprimer día del mes de febrero de 1987 acompañando la corrida del delantero que se iba solo, solito para el gol en un mano a mano infartante. Y aunque algunos lo acusaban de pescador, morfón o goloso, Manuel “la Liebre” Gomes era, sin dudas, la promesa del pueblo. Con sus gambetas artísti-

cas, con ese toqueteo exquisito de los que saben tratarla bien, esconderla y aguantar la presión, hacía efervescer a la tribuna tirando caños y rabonas, y cuando agarraba velocidad parecía que ni el mismo zonda podría alcanzarlo. Era imparable. O casi. Porque apostado bajo los tres palos aguardaba quien fuera el más rústico, macizo y áspero de aquellos pagos: el “Negro” Ramón, el hachero del pueblo. Era demasiado bruto para jugar, por eso terminó en el arco donde sus dos metros veinte de altura se veían indiscutibles para casi cualquier mortal. Muy pronto se adueñó del área, donde nadie que lo conociere intentaba entrar a cabecear. Es que, además de ser un tipo rudo que carecía de modales, era un calentón de mierda, que usaba los partidos para descargar la furia de su miserable vida. Por eso es que la Liebre habló de más. No en el encuentro, donde era un caballero, sino en la previa, cuando se cruzaron en la panadería de Moni (una preciosa muchacha pelirroja que ambos pretendían) y frase va, frase viene, anunció el delantero que ése sería su partido final, porque lo habían llamado de Ferrocarril Oeste para hacer una prueba, y que además lo pretendían de Independiente de Rivadavia y lo deseaban de Mandiyú, “...no como a ciertos giles que ni la madre los quiere”. La frase fue una auténtica desgracia, que no terminó a las piñas ahí mismo porque la Colorada intercedió. ¿Cómo podría saber la Liebre que la mamá del Ramón había muerto esa misma semana? No podía, porque a nadie se lo había dicho el Negro, que seguía resentido por no haber recibido ni tres cobres de la herencia. Y así, como a algunas palabras se las lleva el viento, otras quedan guardadas en la más profunda oscuridad, esperando su oportunidad como lava de un volcán, juntando presión hasta que un día estalla incinerando todo a su paso. Por eso no le importó que algunos hubieran llevado banderas para despedir al delantero, ni que hubieran sido compañeros de escuela, ni se fijó si el árbitro



estaba lejos o cerca. Midió a su rival que se acercaba corriendo con sus rulos al viento y los botines azules y oro relucientes, escupió al suelo y lo encaró. De pronto una lluvia de cábalas se desató en las tribunas, donde los espectadores apretaron los dientes, se escondieron bajo los sombreros, se comían las uñas, se besaban los escuditos, hacían cuernitos e invocaban a algunos dioses paganos, hindúes o apostólicos romanos. Entonces el relator se paró de su silla y se agarró de los pelos,

preparando en su garganta el grito divino, repitiendo una y otra vez un eterno “ta, ta, ta, ta...” que fue juntando tanta, pero tanta tensión que, aunque la maniobra ocurrió en una diáfana fracción de segundo, los presentes vivieron aquellas milésimas del juego como si el reloj se hubiera sumergido en un barril de aceite, como si cada movimiento de las manecillas transcurriera en un siglo, vislumbrando que cada minúsculo pique de la pelota sobre el suelo podrían cambiar la historia de la humanidad. Los pájaros detuvieron su vuelo, las banderas se congelaron en el viento, y un descomunal silencio, como el que antecede a una tormenta, cubrió el estadio. El delantero palpitó la presión, la había estado esperando todo el partido; esa adrenalina del rigor le recorría el cuerpo haciéndole dar cuenta que todo estaba en sus manos, o mejor dicho, en sus pies. Sintió cada músculo de su cuerpo tensarse, el agarre de sus taponos bajo el suelo, la transpiración corriendo por debajo de la camiseta. ¡Pronto se convertiría en héroe, un verdadero David venciendo al enorme Goliat que lo

enfrentaba como portero! Lo miró a los ojos, con la cabeza en alto, como corren los que saben perfectamente dónde está el balón, y una sonrisita burlona se asomó en sus mejillas. La Liebre no era ningún tonto, comprendía que en esa corrida se jugaba la vida, por eso pensó que tirarle un caño era muy arriesgado, que tendría que pasarle demasiado cerca y el arquero no iba a ir a la pelota; tampoco le servía el amague, porque aquel rival no tenía reflejos, sino una enorme sed de acabar con su humanidad, de enterrarlo en el suelo. Especuló con picarla por arriba, pero al momento del achique comprobó que el portero era demasiado alto, por lo cual decidió clavarla en la ratonera y enganchó para la zurda, pensando en dedicarle el gol a la Colorada. Luego no pensó más nada. Se escuchó como un relámpago, un estallido colosal y todos saltaron de sus butacas, cubriéndose los ojos y gritando al unísono un largo y profundo “¡Uuuuuuuh!”. Después, se vio el botín izquierdo azul y oro salir volando por encima de la tribuna, la pierna doblándose para atrás de la rodilla, y la cabeza de la Liebre pegar seco contra el suelo de tierra compactada de la cancha. La pelota siguió su recorrido hasta el arco, enfilando despacito para el palo izquierdo, y todos nos preguntamos si llegaría a cruzar la raya. Pero el balón de cuero desgajado se fue desviando, pegó en el palo y tras mucha duda decidió salir de la cancha. Entonces las miradas se fueron a Ludovico Buenavista, el árbitro del partido, que se llevó el silbato a la boca y, sin dudarle ni un segundo, marcó el saque de meta. ¿Para qué? ¿¡Para qué!? No saben ustedes el tole-tole que se armó. Los jugadores del Deportivo Iruya se le fueron al humo, insultándolo de arriba abajo. La hinchada pidió penal, entonando cánticos denigrantes hacia la mamá de Buenavista, que desgraciadamente estaba en la cancha y tuvo que comerse los agravios. Los jugadores se pechaban, se injuriaban de las formas más ordinarias. Doña Catalina no se contuvo y le arro-

jó una torta frita al juez, ejemplo que tomó Merino, comenzando a revolear piedras, y pronto la escena se transformó en una batalla campal. Los niños atravesaron el alambrado, las mujeres se golpeaban con sus cornetas, los viejos dejaron de escuchar la radio porque hasta los periodistas se metieron en la trifulca. Una auténtica hecatombe. Moni, la colorada, fue la única que se acordó de la pobre Liebre, que seguía tirado en el piso, inconsciente, y corrió a socorrerlo. Y aunque el técnico pidió el cambio, los camilleros no asistieron porque se estaban agarrando a las piñas con el banco de suplentes, mientras las ovejas aprovecharon para pastar un poco más adentro de la cancha. Veinte minutos tardó en reanudarse el partido, a costa de varios expulsados y un par de narices sangrantes, porque campeón tenía que haber, porque alguien se tenía que llevar la copa que, aunque no era de oro, su valor simbólico era incalculable y ambos clubes le habían separado ya un lugar en su vitrina, con esa fe irracional que solo los hinchas futboleros cultivan. Entonces yo, que unos minutos atrás no tenía ninguna chance de jugar, veo que el técnico me señala y salto como un resorte dispuesto a ingresar, a dar mi vida cual soldado que entra en combate. Me pasa la camiseta verde y blanca, la misma que unos segundos atrás vestía la Liebre porque no teníamos repuesto, y cuando me la pongo noto que me queda cortísima y estaba decorada con barro y sangre. “Cuidate” me señaló el técnico que sabía que el partido era una batalla campal. Por eso yo no le mencioné que ya estaba lesionado, que me había comido una patada del equipo rival en medio del quilombo (una paralítica que me había dejado rengueando), y entré haciéndome el distraído. Fui a pararme bien arriba, esperando no correr la misma suerte de la Liebre, que había dejado un cráter en el piso. Y en la única que tuve, en el minuto ciento veintitrés, casi de carambola, casi sin quererlo, me llegó un centro boleado de esos que se tiran

cuando ya no hay esperanzas, me pegó en la nuca y entró. No vi el gol, pero sí sentí el grito de la gente, los aplausos y el silbato de Buenavista que señaló al mismo tiempo el punto y el fin del partido. Nuevamente saltó la hinchada a ocupar la cancha, alzando en hombros a Manuel Gomes que ya había recuperado la conciencia, quién levantó la copa en sus manos, y entre gritos y festejos lo pasearon dando la vuelta olímpica desde el predio de la cancha hasta la sede del club, para terminar el recorrido en la guardia del hospital.



Aunque mi paso por el club fue corto, porque unas semanas más tarde me fui a estudiar medicina a Córdoba, aquel partido fue el más importante de mi vida. Unos veinte años después, acompañado de mi señora y mis dos hijos, volví al pueblito y, casi sin quererlo, terminamos parados tras el alambrado del estadio. La canchita me pareció mucho más chica de lo que la recordaba, los tabloncitos de las gradas eran solo tres o cuatro y estaban podridos, el césped había dejado de crecer. Ya no se escuchaban los gritos de la hinchada, ni se olían las tortafritas de Doña Catalina. Tampoco retumbaba en las montañas el grito de gol, ni se reflejaba en el firmamento la gloria de mi equipo. Solo un viento frío paso por ahí, jugando en remolinos con el polvo del olvido. Pensé en contarles la historia a mis hijos, pero sabía que estaban mal acostumbrados a ver los torneos de la brillante Liga Europea. No me entenderían. ¿Cómo describirles la gloria de un torneo con trofeo de plástico, de un club de barrio, olvidado en el olvido? Volvimos entonces hasta el pueblo, donde nadie me reconocía ni se acordaba de mí. En la sede del club ahora se erige un hotel, al cual cientos de turistas llegan a diario, arrastrándose como babosas por las empinadas calles adoquinadas para sacarse una foto “pintoresca” para el Instagram. Tuve que resignarme. Ya a punto de partir, entré a comprar unos cañoncitos de dulce de leche para el viaje y, aunque todo estaba muy cambiado, reconocí a una señora gorda de cabellos cobrizos atendiendo la panadería junto a un señor mayor que rengueaba detrás de la caja registradora. Estaban grises, gastados por la rutina, como la amarillenta nota del periódico local que observé colgada en una pared (enmarcada en un cuadrito) con la foto de la Liebre Gomes levantando el trofeo. Preferí pagar e irme sin decir nada.

Ya subiendo al micro, le doy al maletero mis valijas para que las cargue y se me queda mirando un rato, con el papelito del bolso en la mano. Merino, el tonto del pueblo, me reconoce y, tras regalarme una ancha sonrisa, me abraza diciendo: “¡Qué golazo que hiciste, campeón!”.

